

PUBLICACIONES



neruda-edwards

Correspondencia entre Pablo Neruda y Jorge Edwards. Edición y notas de Abraham Quezada Vergara. Santiago, Alianza, 2008 (cuarto). 118 páginas.

Los epistolarios publicados, en vida o a muerte de sus autores, son atractivos, a veces irresistibles; con frecuencia más hipnóticos que los estudios académicos, necesarios y severos. Pueden ser designados como parte de los "géneros del yo" o, sin más, como "embelecos literarios". La residua de un autor, aquella parte del conjunto más significativo de su obra que se le cayó de las manos, un espacio en el que se petrificó el plumbeo, el comentario íntimo, la digestión a veces amable, otras vitriólica, todas destinadas al ámbito privado. Como Neruda mismo se había dado cuenta hacía rato que la "publicación hasta los calentines", es probable que se caldara y con más de un interlocutor epistolar mantuviera un cuanto recelo. No de la impresión que así haya ocurrido con

Jorge Edwards, amigo de décadas, que si a fin de cuentas resultó infidente lo fue cuando don Pablo y su virid, Matilde, habían desaparecido de este mundo. Véase al respecto *Añido*, poema, publicado en 1990.

De cualquier manera, esta correspondencia mantenida por los escritores Neruda y Edwards, desde agosto del 62 a junio del 73, compuesta de 46 misivas escritas —oh el pasado— en hojas, en papelería tangible. Material de bibliotecas, de archivos, de bóvedas, repaños para ser perseguidos y desamplados por investigadores, por manos inquisitivas y ojos intrusos.

Kafka, tenaz escribiente de cartas, a su padre, a sus prometidas, decía en sus diarios: "Escribir cartas significa desahogarse ante los fantasmas, cosa que ellos aguantan con avidez. Los breves escritos no llegan al destinatario, se los bebean los fantasmas por el camino". No ocurrió así con éstas y, escritas al peso o meditadas línea a línea de acuerdo a las informaciones que ambos interlocutores requerían, trazan un surco en el que Neruda y Edwards, amigos y compañeros de trabajo en la embajada de Chile en París, por los sesenta y setenta, dejan constancia de un diálogo que no excluye los famosos enargos del poeta, desde ramobres a mascarones, y también su ansiedad por realizar antes de la entrega del Nobel una exposición de sus libros en Estocolmo, para contrarrestar, entre otros efectos, los delirios de Ricardo Paseyro, el más patético y paranoico antinervidiano profesional.

Por las apresuradas líneas de las cartas —predatadas a máquina y con post datas manuscritas!— desfilan los debates de la época, la enconada batalla política de la Guerra Fría y la bipolaridad ideológica, la pugna desahogada entre los intelectuales comprometidos y los de corte más liberal. La famosa carta de los intelectuales cubanos, que tanto molestó y dolió a Neruda, por cuanto significó para el vate, y vista con la perspectiva de hoy, una polifala que no pudo cicatrizar. Al punto que en el diario *El Mercurio* del domingo 25 de marzo de 2007, y en el Anuario 2004 de Cuadernos de esta

Fundación, Hernán Loyola alzó en declaración pública porque el gobierno cubano diera, retrospectivamente, las disculpas a Neruda, reconociendo su falta de rigor y de flexibilidad en ese instante. Nunca es tarde para un signo reparatorio, más aún con un milifame de la revolución y entusiasta adherente al proceso cubano. Recordemos, pruebas al canto, *Canción de gesta*, el primer libro completo y orgánico de poesía consagrado al estallido insurreccional de 1959.

El compilador, Abraham Quezada Vergara, rastreador perseverante y gestor de uno volumen de cartas nerudianas (*Epistolario viajero*, 2004), señala en milimétricas notas los vacíos que las misivas podrían contener para un lector de hoy, no familiarizado con el contexto que ambos escritores vivieron: la inmensa de una guerra nuclear a propósito de la Guerra Fría, la distracción de los escritores cubanos en 1966, la setentrada enfermedad de Neruda, el modo en que ambos escritores fueron encajes de negociación con eficiencia el pago de indemnizaciones que las compañías mineras norteamericanas exigían al gobierno de Allende, a propósito de la nacionalización del cobre. Sin excluir la cotidianidad en la casa de la avenida de la Monte-Picquet, en París, la frustación y legendaria residencia de la embajada de Chile. Tampoco se soslayan los maneras a veces chuscas, otras enigmáticas, con que ambos interlocutores se referían a personajes indígenas de la época, políticos, diplomáticos, artistas, los que pasaban a menudo a engrasarse las filas del "partido de los sentidos", como llamaba Neruda a quienes quedaban con algún remor respecto del trato recibido por la embajada de Chile y, también, los abundantes vocativos que empleaban para designarse uno al otro.

El epistolario considera además la gestación subterránea del golpe de Estado. Al respecto quedan claras las aprensiones de Neruda sobre la alternativa de evitar un estallido social frente a la crisis de la Unidad Popular y el virtual pacto entre las facciones civiles que postulara una salida democrática.

AUTORÍA

Valdovinos, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

2008

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda-Edwards [artículo] Mario Valdovinos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile